

6 – ROMA - Piazza di Spagna; por el barrio del Quirinal: La Fontana di Trevi; la Basílica Santa María Maggiore; San Giovanni in Laterano; el Circo Maximo; Santa Maria in Cosmedin; el Trastevere; el Tiber; el Vaticano, sus museos, la Capilla Sixtina; el Ponte y Castel San'Angelo.

PIAZZA DI SPAGNA



La Vía Condotti me pareció la calle comercial más elegante y lujosa de la ciudad con sus galerías comerciales y tiendas de alta costura. Está calle desembocaba en la Piazza di Spagna, una de las más populares de Roma, centro neurálgico de reunión de la juventud romana y punto de animación ciudadana donde la multitud llenaba la plaza que se extendía al pie de la escalinata.

El elegante conjunto urbano de la Piazza incluye una fuente y la gran escalinata, donde tanto oriundos como extranjeros se dan cita, junto con los jardines y la iglesia, embellecida con un obelisco y componía una de las imágenes más populares de la ciudad.

En el centro de la plaza se encuentra la “Barcaccia” una bonita fuente con forma de barco que lleva el emblema de los Barberini, la barca es de piedra vaciada y un agua rica y transparente la llena continuamente. Probablemente fue una obra del padre de Bernini y al parecer el escultor se inspiró en una barca que fue arrastrada hasta la plaza durante una de las crecidas del Tiber.

Con sus 138 escalones y su perfecta perspectiva las escaleras della Trinità dei Monti son una obra maestra del arte barroco. Se proyectan en una sucesión de rampas que se ensanchan y se estrechan creando una sensación de gran altura. Desde la terraza dominaba una soñadora vista de la plaza. Me apoyé en la barandilla de piedra y observé. A mis pies los turistas se sentaban en la escalinata que bajaba hasta la Piazza di Epagna. Enfrente los tejados y las cúpulas de Roma emergían con sus tejas rojas.



Desde este mirador se obtenía una de las panorámicas más bellas con el constante venir de propios y extraños, artistas callejeros se ofrecían para realizar retratos y jóvenes italianos pretendían ligar insistentemente con rubias turistas.

En el s.XVII, los dos países más poderosos de Europa, España y Francia, se repartieron las principales arterias situadas en los alrededores de esta plaza y las embellecieron con notables edificios. Los españoles se establecieron en el Palazzo di Spagna, el emplazamiento de sus embajadores en el Vaticano, y los franceses construyeron la monumental escalinata que unía la plaza con la iglesia de la Santísima Trinità dei Monti.

Muy turístico, pero el conjunto conservaba el encanto que la convertiría en el s.XIX en el centro de reunión de artistas, escritores y posteriormente de artistas de cine. La vía Babuino aparecía repleta de galerías de arte y tiendas de antigüedades. Este lugar parecía la zona más animada en las calurosas noches de verano con espaciosa terrazas de cafés y restaurantes.

En esta calle se elevaba la columna del Dogma de la Inmaculada concepción erigida a mediados del s.XIX por Pío IX. La antigua columna de mármol está sobre un pedestal ricamente decorado con estatuas y relieves.







EL BARRIO DEL QUIRINAL



Abandonando la Piazza di Spagna recorría callejuelas en las que se pasaba de repente de la confusión más ruidosa a la más absoluta tranquilidad. En las zonas más turísticas y próximas a la Fontana di Trevi abundaban las tiendas de souvenirs, restaurantes y heladerías. Ya cerca del Palazzo del Quirinale las aceras eran anchas a diferencia de la mayoría de las calles, angostas y serpenteantes.

En la parte alta asomaban las plazas del Tritone con su fuente de Barberini, la Piazza de la Republica y la estación Termini, inicio y final todos los días de mi visita a Roma. Y numerosas iglesias entre las que destacaba la de Santa Maria Maggiore.





La colina del Quirinal es la más alta de las siete colinas de Roma y su nombre deriva del templo de “Quirinal” rey de la guerra. En la antigüedad había sido una de las zonas residenciales favoritas de los romanos adinerados y en el s.IV se construyeron dos grandes termas, las de Diocleciano y las de Constantino. Tras la caída del Imperio el Quirinal cayó en el olvido, no obstante la zona experimento un nuevo auge en el s.XVI, y se construyeron calles más amplias junto a las cuales las familias nobles edificaron sus palacios. El edificio más significativo es el Palazzo del Quirinale en la cima de la colina y construido como residencia de verano del Papa.

Cuando el dominio del Papa sobre Roma llegó a su fin en 1870, el palacio se convirtió en la residencia de los reyes de Italia y con la proclamación de la Republica actualmente es la residencia oficial del presidente de Italia.

Federico Fellini con su famosa película “la dolce vita” erigió un monumento a sus avenidas, restaurantes, calles y la famosa escena donde se bañaba Anita Ekberg en la Fontana di Trevi.







LA FONTANA DI TREVI



Daba la impresión de que todos los turistas de la ciudad se hubieran reunido allí llenando la plaza hasta desbordarla. Esta coexistencia entre romanos y turistas, la del lugar de reposo y reunión al frescor por parte de los primeros, habían sido desplazados por la excitación de los visitantes. El lugar, siendo un rincón de romántica evocación, se había transformado en un feo ambiente de voces, gritos, posados para fotografías, manos alzadas con el móvil, y todos con la manida tradición de tirar la moneda a la fuente. Posiblemente la presencia de una patrulla de los Carabinieri estaría para impedir que nadie saltase al interior de la Fontana para imitar la escena de Mastroianni y Anita Ekberg en la "Dolce Vita" de Fellini. Esté era un lugar donde había que tener mucha paciencia para acercarse a esta mítica fuente, mientras se intenta evitar a los vendedores de recuerdos y las hordas incesantes de turistas.





Esta es la fuente de mayores dimensiones e instalada, posiblemente, en la plaza más pequeña de Roma y toda una obra maestra del Barroco tardío adosada a la fachada del Palazzo Poli. Tiene 20 metros de anchura y 26 de altura. Su gran cubeta, que parecía una piscina, y su húmeda frescura envolvía toda la plaza. Y al margen de su valor artístico, aun hoy, la fuente se suministra del agua que llega por un canal del año 19 a.c. de 20 km de largo.

Según cuenta la leyenda Trevi era el nombre de una virgen que fue atacada por unos soldados, para conservar su virginidad les indico el lugar del emplazamiento de un manantial, manantial del que Agripa decidió llevar el agua a Roma. Los relieves representan a Agripa aprobando la construcción del Agua Vergine y la leyenda de su origen. El elemento más destacado es la poderosa figura del rey del mar, Océano, sobre un carro en forma de concha tirado por caballos marinos. En las hornacinas laterales se encuentran las estatuas de la Abundancia y de la Salud.



BASILICA DI SANTA MARIA MAGGIORE



En la antigüedad el Esquilino era la más extensa de las siete colinas de Roma y uno de los barrios con más densidad demográfica. Durante la República y el imperio las cimas de las colinas se convirtieron en las zonas residenciales más apreciadas por la nobleza, mientras que los barrios más humildes se amontonaban en las faldas o en las insalubres hondonadas.

El Esquilino albergaba, entre otros, la villa y los jardines de Mecenas, amigo del emperador Augusto y famoso protector de los poetas. También se instaló el que posiblemente fue el palacio más famoso de la Antigüedad, la Domus Area del emperador Nerón. Aunque a principios de la era paleocristiana las primeras construcciones eclesíásticas surgieron de las parroquias de suburbios, los barrios residenciales anexos a ellas fueron quedando desiertos a lo largo de la Edad Media.

El papa Sixto V, en el s.XVI, incluyó la colina en un gran plan urbanístico que tenía por objeto repoblar la zona. Aunque su principal meta era englobar nuevamente los centros religiosos de estas áreas semiolvidadas en el conjunto orgánico de la ciudad. Así, mando construir importantes calles en los alrededores de la iglesia para que los peregrinos pudiesen llegar a los recintos religiosos.

Hasta la década de 1850 año en que se construyó la nueva estación de ferrocarril denominada Stazione Termini, a causa de su proximidad de las termas de Diocleciano, en este barrio apenas había cambiado nada.

Todas las mañanas salía de la estación Termini y bajando por la Vía Cavour, en dirección al centro de Roma, y al lado de la Piazza dell Esquilino aparecía la blanca redondez de su ábside brillando a la luz del sol matinal. Y por la noche, subiendo de vuelta a la estación, cuando el edificio se iluminaba rompiendo la oscuridad de la noche el espectáculo era fascinante. Cuando pasaba por la Vía Maggiore se abría la gran plaza con el sobrio pórtico de la catedral con el campanario de 1377 (en aquel momento el más alto de Roma) y delante de la iglesia se elevaba el obelisco del mausoleo de Augusto que Sixto V mandó trasladar aquí.



La basílica Santa di Santa María Maggiore no es sólo una de las siete iglesias de peregrinación y una de las cuatro basílicas patriarcales de Roma, sino también la mayor y más importante santuario de la ciudad dedicado a María. Se construyó en el s.V en honor de la Virgen, sufriendo numerosas transformaciones posteriores.

El interior estaba lleno de color con un techo artesonado sobredorado con el primer oro que el rey de España envió de América y el conjunto inspiraba un sentimiento de paz y hacía olvidar el bullicio de la ciudad. Su armonía se debe que, a pesar de toda esta riqueza, la iglesia no deja de poseer la simplicidad y la nobleza de los primeros templos cristianos. El edificio heredó la estructura y sencillez de las basílicas de la antigua Roma pagana, con una sola nave de techo salón con dos pequeñas naves laterales y pequeñas ventanas que no lograban eliminar la penumbra interior.



SAN GIOVANNI IN LATERANO



Al sur del Coliseo se levanta la colina del Caelius. En los últimos días de la República y durante los años del Imperio, el Celio se convirtió en una zona residencial distinguida. A finales de la Edad Antigua la imagen del monte Celio varió fundamentalmente y el palacio de Letrán se convirtió en su nuevo punto central. Los terrenos pertenecían al emperador Constantino que creyendo que debía agradecer su victoria en el puente Milvio (312 d.c.) al dios de los cristianos, regaló el terreno al papa Milciades para que construyera en él una iglesia y el Patriarcado de la iglesia.

Durante casi 1.000 años (desde la época de Constantino hasta principios del s.XIV) fue la residencia del Papa. A lo largo de los siglos se edificaron tantas construcciones anexas que el área se convirtió en una pequeña ciudad. Cuando en 1377 el Papa finalmente regresó de Avignon y se instaló en el Vaticano, el Letran perdió importancia como residencia pontificia.





La iglesia de San Giovanni in Laterano es la catedral de Roma y del mundo. En San Giovanni el Papa es obispo de Roma y una de las siete iglesias de peregrinación de Roma. Fue fundada por el emperador Constantino en el 313 d.c. y está considerada una de las primeras iglesias de Roma y con 100 metros de longitud y 65 de anchura era incluso mayor que la basílica de Majencio.

Su configuración actual data de un encargo de Inocencio X en el 1650, transformando la basílica de cinco naves en una iglesia barroca. En 1736 se añadió la monumental fachada principal que llamaba la atención por su aspecto solemne. La fachada, que forma un antetemplo de colosales dimensiones, se abre a una plaza inmensa decorada con un obelisco egipcio que se encontraba ubicado antiguamente en el Circo Máximo.





Frente a mí se desplegaba un interior magnífico y sorprendentemente amplio con una opulencia barroca que bastaba para impresionar al más apático de los visitantes. Sobre un delicado suelo de mosaicos se elevaban monumentales columnas de mármol que sujetaban el techo de madera, de aspecto pesado y macizo, con bellas decoraciones en oro. Un enorme baldaquino gótico cubre el altar papal, con un relicario en lo alto que supuestamente conserva las cabezas de san Pedro y san Pablo.







EL CIRCO MAXIMO



Si hoy tenemos el Coliseo como él no va más, el circo Máximo para carreras de cuadrigas, era el estadio más grande de Roma con una capacidad para 250.000 personas, un cuarto de la población de Roma. La pista de 600 metros circundaba una isleta central (de la que hoy queda su forma) con ornamentados indicadores de vueltas y obeliscos egipcios. Estos obeliscos ahora se encuentran en la Piazza del Popolo y en la Piazza di San Giovanni in Laterano.

Hoy es una inmensa explanada herbosa que sugiere perfectamente la forma del circo y en el talud donde se encontraban las gradas, abandonado durante milenios, nunca se ha construido ninguna edificación en este céntrico lugar. Recuerdo que el día era especialmente caluroso, había caminado mucho en la visita a Laterano y me tumbé en el césped a descansar. Y mientras comía un bocadillo de queso contemplaba la bella estampa de las ruinas residenciales de los emperadores sobre la colina del Palatino.



BASILICA SANTA MARIA IN COSMEDIN



La iglesia Santa Maria in Cosmedin se halla actualmente allí donde se alzaba antiguamente el Forum Boarium, uno de los mercados más antiguos de la Roma clásica y fue construida en el siglo VI sobre los restos de un antiguo edificio. Desde el exterior tenía la apariencia de un simple edificio de ladrillos con pórtico de dos plantas, contrapuesto al alto y bello campanario vertical.

El espacio interior era sencillo, me pareció íntimo, recogido y arcaico. Me evocaba un lugar agradable y silencioso y yo estaba cansado, cansado hasta la medula, sentí la necesidad de sentarme en un banco a descansar. El interior era cerrado, solo unas pequeñas ventanas en la parte superior permitían el paso de unos pocos haces de luz que iluminaban un techo de madera y unas paredes lisas, sostenidas por antiguas columnas romanas reaprovechadas en la construcción de esta iglesia.





En el atrio de esta iglesia se encuentra otro de los tópicos turísticos de Roma, “la Boca della Verità”. Un lugar donde grandes cantidades de turistas se aglomeraban, esperando su turno, para hacerse una foto con la mano dentro de la boca, que según la leyenda muerde la mano a los que mienten. Otra escena de película que ha señalado un lugar turístico, Gregory Peck introduciendo la mano en la película “Vacaciones en Roma”.





La iglesia Santa Maria in Cosmedin se levanta sobre el antiguo Foro Boarium, este foro era uno de los mercados más antiguos e importantes de la antigua Roma ya que se encontraba situado directamente a orillas del Tiber, su puerto y la confluencia de dos vías principales de la Italia central.

Enfrente de la iglesia se hallaba un pequeño jardín con una hermosa fuente ornamental y los testigos de la existencia de este antiguo foro, el Templo de la Fortuna (que estaba en restauración) y el delicado templo de Vesta, redondo y sostenido por veinte finas columnas.

Antes de continuar el camino abastecí la cantimplora de agua fresca en una fuente del parque. Hoy sigo recordando, con placer, las numerosas fuentes de Roma, su agua fría y de buen sabor. Me parecía absurdo, como hacían otros, comprar botellas de agua en comercios o vendedores ambulantes.



TRASTEVERE



El Trastevere aparecía como la quintaesencia de Roma con sus bonitas callejas, un tanto pueblerinas. Un lugar donde los turistas cedían el sitio a los romanos y las tiendas turísticas dejaban paso a las tiendas típicas de pueblo y donde siempre era posible perderse en sus callejuelas llenas de encanto.

En ningún otro lugar de Roma es tan palpable la atmósfera de una barriada de tan acusada personalidad como el Trastevere con su densa red de callejuelas y tortuosos trazados de calles, con pequeñas placitas y numerosos rincones secretos y atractivas mansiones, que le dan su pintoresco encanto. El conjunto ha conservado su aspecto alegre y popular donde desde sus ventanas salían olores de guisos, voces con esa sonoridad romana tan particular, música romántica italiana o la retrasmisión de algún partido de fútbol.





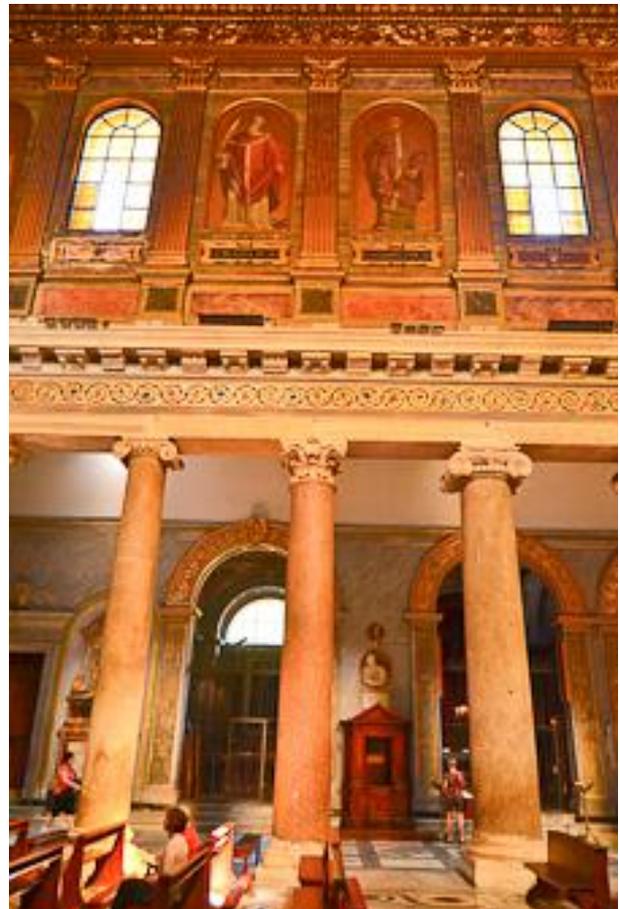
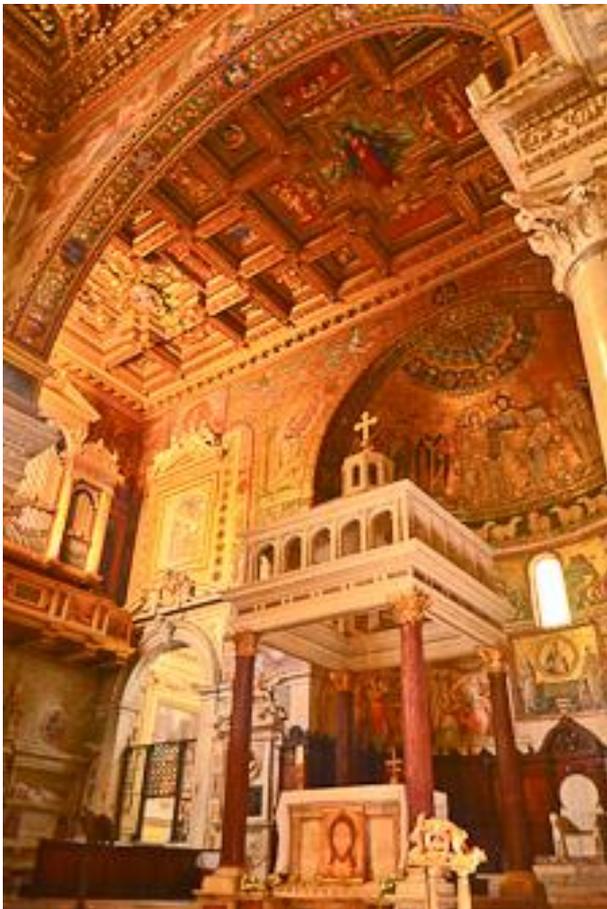
En la Piazza Santa Maria in Trastevere se elevaba la fachada medieval de la Basílica del mismo nombre. Fundada alrededor del 221 por San Calixto, por lo tanto la primera iglesia de Roma dedicada a María. La leyenda cuenta que fue en este punto donde brotó, en el año 38 a.c., la fuente de aceite que se interpretó como el anuncio de la próxima venida del Salvador.

Fue reconstruida a inicios del s.XI y nuevamente rehecha en el s.XVIII. La desnuda fachada del s.XII presentaba unos notables mosaicos de la misma época y al lado se levantaba un campanario románico. En su interior las naves se separaban con columnas descabezadas procedentes del expolio de templos romanos y mostraba hermosos mosaicos de estilo bizantino en el ábside s.XIII y en la nave s.XII.





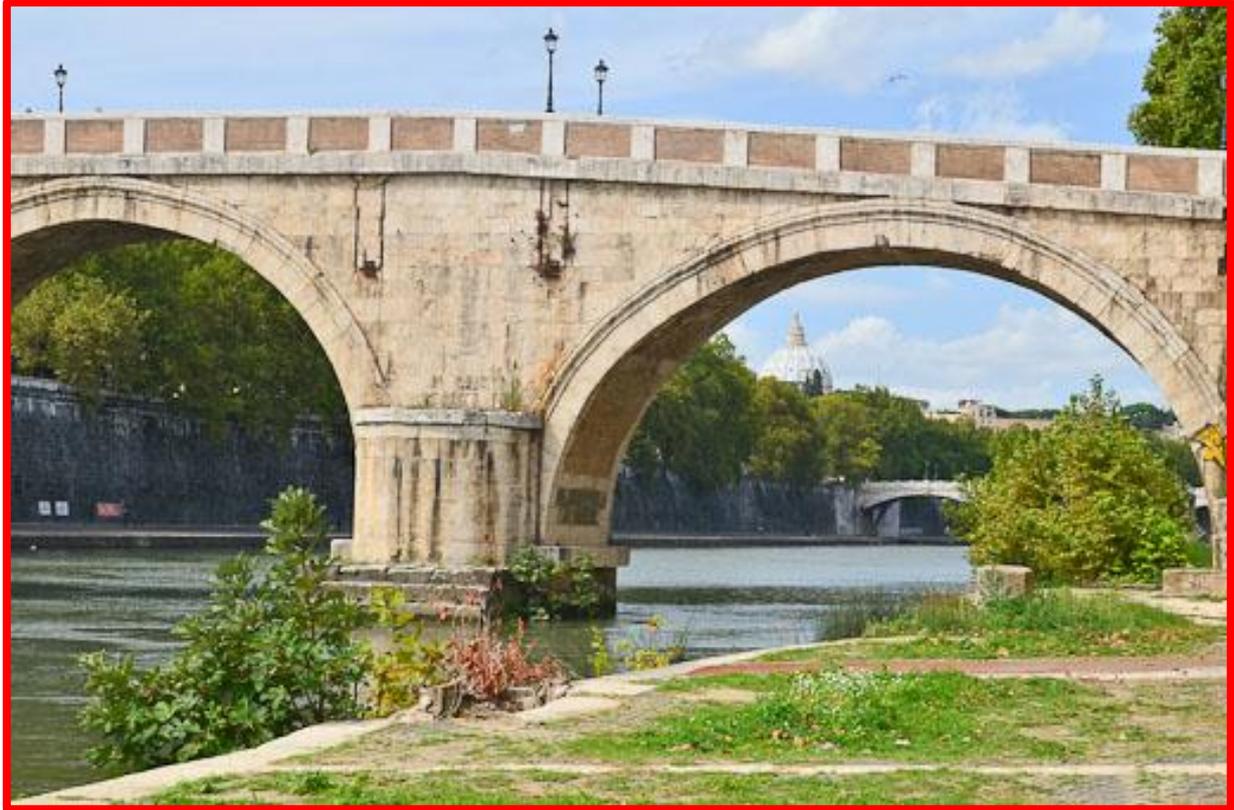
La poca luz se filtraba por unas pequeñas aperturas en lo alto confiriendo al conjunto una sensación de mágica ensoñación y el silencio, el olor de la cera quemada, del incienso... invitaban al descanso y al reposo de la luz del sol, extraordinariamente cálida y luminosa, que hacía en el exterior.







EL TIBER



Aguas abajo de la isla del Tiber, desde el Ponte Palatino, aparecían los sugestivos restos del llamado Ponte Roto, edificado en el lugar del Pons Aemilius de la época romana. La arcada, actualmente visible, se remonta a finales del s.XVI y los pilares que la sujetan son los originales del anterior puente romano.

Caminaba por la orilla del Tiber mirando al agua que fluía eterna constante, infinita como la propia Roma, como si los milenios se hubieran detenido por el rumor de la corriente.

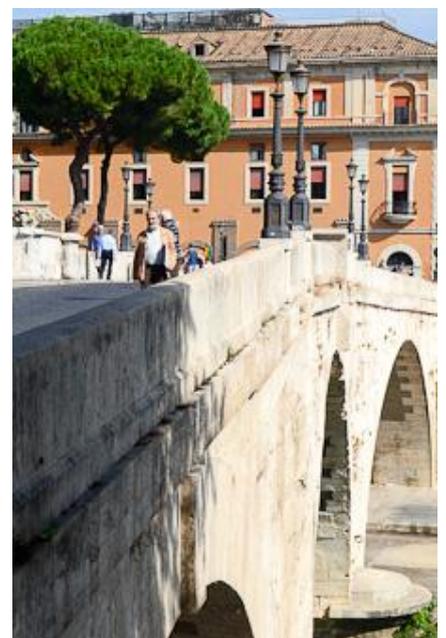




La Isla Tiberina, referente de la historia de Roma, con la característica forma de barco que posee dio origen al curioso arreglo arquitectónico de la isla dándole a la punta oriental forma de una proa de trirreme. Desde la antigüedad la isla está unida a la ciudad por medio de dos puentes. El de la orilla izquierda es el original Puente Fabricio. El otro puente, el Ponte Cestio construido en el s.I a.c. fue demolido a finales del s.XIX.

El primer templo que se levantó en la isla fue en el año 291 a.c. y se trataba del Templo de Esculapio, del que no quedan huellas. Sus pórticos constituían un verdadero hospital. El uso de la isla como lugar de curaciones, favorecida por su aislamiento, perduro también en la Edad Media y ha llegado hasta nuestros días con el hospital de los Fatebenefratelli.

Sentado en el muro de contención del Tíber en la isla Tiberina, me pareció remanso de paz, un lugar fresco en medio del río donde escuchar el murmullo del río que discurría suavemente entre las orillas y por las arcadas de los puentes. Estaba embelesado, era una tarde fantástica y la orilla del río era un lugar hermoso.









El ponte Sisto se remonta a 1474 y surgió sobre los restos de un antiguo puente romano erigido durante el reinado de Marco Aurelio. Debe su nombre al pontífice Sixto IV. Con su bonita y esterilizada línea este puente peatonal cruzaba el Tiber uniendo los barrios del Trastevere y los del antiguo Campo de Marte. Río arriba El Tiber se pavoneaba con sus aguas desfilando ante la mirada de los turistas diseminados por las orillas confirmando al paisaje urbano, con su peculiar curso, bellas vistas y rincones.

Bajo el cielo límpido, que daba a los puentes una blancura de porcelana, aparecían fachadas de palacios, tejados y cúpulas. El Ponte Vittorio Emanuele II, muy monumental, permitía ver el Ponte Sant'Angelo. Y el Tiber discurría lentamente bajo el puente más bello y con más historia. El ponte Sant'Angelo construido por Adriano en el año 134 para acceder a su mausoleo. En el s.XVII, Bernini y sus discípulos esculpieron las figuras de los ángeles que se alinean en el puente peatonal.



EL VATICANO



Crucé el Tiber por el Ponte Principe Amadeo di Savoia y, atravesando las galerías del mismo nombre, veía como se dibujaba la gran cúpula de la Basílica San Pedro emergiendo poco a poco sobre los edificios del Borgo del Vaticano.

Al final de la calle me topé, repentinamente, con la inmensa mole de la fachada de la Basílica más grande del mundo. Lugar, único e inconfundible, donde fui recibido por la inmensa Piazza San Pietro, magnífica y sorprendentemente amplia, una de las creaciones más perfectas de Bernini. La obra maestra de la "Piazza Oblicua" tiene forma de elipse y está marcada en sus curvas por cuatro filas de esbeltas columnas, a modo de brazos extendidos que simbolizan a la Madre Iglesia. Una guardia de estatuas de santos, mártires, papas y fundadores de órdenes, 140 en total, daban la bienvenida desde la altura en la balaustrada de las columnas.





En el centro de la plaza se alzaba un obelisco perteneciente al circo de Nerón. Circo que se hallaba situado al sur de la colina Vaticana y lugar de sangrientos espectáculos en que murieron numerosos cristianos, entre los que cuenta la tradición el apóstol Pedro y que habría sido sepultado en las inmediaciones. Según la leyenda este obelisco se encuentra ligado al pasado y el presente, la antigüedad y el cristianismo, porque a sus pies se hallan las cenizas de Cesar y en su cúspide una reliquia de la cruz.

A ambos lados hay dos altas fuentes con gigantescas tazas de granito y sobre el murmullo que el agua producía al caer por la fuente se escuchaban canticos dulces, cálidos y bajos de visitantes religiosos de todo el mundo que peregrinaban a Roma. Entre ellos, los turistas alborotábamos impacientemente haciendo cola con la intención de entrar, aunque los vigilantes registraban meticulosamente antes de permitirlo. Con la vestimenta había un estricto control de “moralidad” y, fuera de la cola, había chicas rechazadas buscando alguna prenda con la que ocultar sus camisas de tirantes o faldas consideradas demasiado cortas. En la espera, volvía la vista repetidamente hacia la fachada de piedra blanca con su cúpula centelleando bajo el sol implacable... todos lo hacíamos.







La historia del Vaticano se inicia en el 319 cuando el emperador Constantino ordenó construir sobre la tumba del apóstol Pedro un monumento en su memoria. Se alzó una basílica de cinco naves ricamente ornamentada con mosaicos, frescos y monumentos sepulcrales. Delante se extendía un atrio rodeado de columnas. Muchas veces ampliado y restaurado el edificio se mantuvo en pie hasta el s.XV. Durante la ausencia de los papas en Roma, con su traslado de sede a Avignon, este edificio se había degradado perdiendo su grandeza y esplendor. El deseo de tener una iglesia representativa y el traslado de la residencia pontificia al Vaticano hicieron surgir los primeros proyectos de renovación. Fue el papa Julio II (1503-1513) quien tomó la decisión de derribar la antigua iglesia y encomendó en 1506 a Bramante la nueva construcción. El proyecto lo heredó Miguel Ángel por orden de Paulo III en el año 1547 que centró su principal interés en la grandiosa cúpula, cuyo tambor estaba ya construido en el año de su muerte, en 1564. En el año 1614 se modificó el proyecto para darle a la nave forma de cruz latina y el arquitecto Carlo Maderno terminó la fachada. El día 18 de noviembre de 1624, exactamente 1.300 años después de la dedicación de la primera basílica, fue consagrada por Urbano VIII esta segunda Basílica. En 1629 fue nombrado Bernini arquitecto principal del Templo y fueron necesarios 30 años para que el arquitecto realizase la plaza y remodelase la fachada y la cúpula para conseguir un conjunto unitario.





La imponente fachada (45 metros de altura y 115 de anchura) me sorprendía por sus impresionantes dimensiones. Una articulación colosal, que abarca el piso inferior, el superior y un elevado ático. Grandes puertas altas y rectangulares se alternaban con otras bajas y redondas que permitían acceder al pórtico de la Basílica. El ventanal central, resaltado por un frontón triangular, forma parte de la logia desde la que se da a conocer el nuevo papa y desde donde el papa da misa o saluda a los fieles.

La cúpula era visible desde todos los puntos y dominaba la silueta de Roma. Su diámetro, de 42 metros, es algo menor que la cúpula del Panteón, pero con su mayor altura 132 metros, era mucho más impresionante. Miguel Ángel, a la edad de 72 años, había asumido la dirección de las obras, no pudo ver finalizado su proyecto, que continuó siguiendo sus croquis y maquetas.

Ansioso por presenciar el interior, pero impresionado por el ambiente sobrecogedor, atravesaba la puerta exterior y accedía a un gran pórtico decorado con las estatuas ecuestres de Carlomagno y Constantino, esta última de Bernini. Otras grandes cinco puertas de bronce conducían al interior del templo.





El interior de la Basílica de San Pedro no suscitaba la impresión de gigantismo gracias a las equilibradas proporciones de sus elementos arquitectónicos y ornamentales. Todo era igualmente inmenso en su tamaño y curiosamente para hacerse una idea de las dimensiones reales del edificio había que tomar como referencia la escala humana. Los visitantes éramos hormiguitas recorriendo sus descomunales naves. El interior posee cerca de 450 estatuas, 500 columnas y 50 altares, todo ello dispuesto en una forma armoniosa y con una concepción unitaria de la decoración y con una capacidad para 60.000 personas.

Caminaba entre arcadas separadas por colosales columnas recubiertas a su vez por pilastras que separaban la amplia nave central de las más estrechas laterales. Sobre las arcadas se abrían ventanas en la bóveda de cañón. Todo aparecía decorado con policromas incrustaciones marmóreas, proyectadas por Bernini, junto a medallones con efigies de papas y esculturas de fundadores de órdenes.







A la entrada de la Basílica, a la derecha, se encontraba la Pietà de Miguel Ángel. Tenía los rasgos finos y angelicales y el conjunto de una delicadeza extrema (diferente al resto de sus obras de marcados miembros o cuerpos distorsionados e impetuosos) pero aparecía distorsionada su imagen a consecuencia del cristal protector que me distanciaba de ella. Una obra maestra absoluta que el artista esculpió con solo 25 años. Como hubo quien le acusó de no ser su autor y Miguel Ángel grabó su firma (la única que hizo en su vida en una de sus obras) en el pecho de la virgen.





Cuatro pilares pentagonales de 24 metros de diámetro soportan la cúpula de Miguel Ángel que cubre el centro de la basílica y la tumba del apóstol. Las 16 ventanas en el tambor y otras tantas en la linterna proporcionaban una gran luminosidad. Mosaicos sobre fondo de oro revisten la totalidad de la cúpula y representan el reino celeste.

Debajo de la cúpula se hallaba el baldaquino de bronce, de Bernini, altar pontificio sobre la tumba de Pedro. Para su ejecución se fundió el revestimiento de bronce del techo del vestíbulo del Panteón. El papa, que ordenó este expolio era un Barberini y este hecho le valió el burlesco juego de palabras de los romanos “Lo que no hicieron los Bárbaros lo hicieron los Barberini”.

Debajo del altar mayor, donde sólo el Papa celebra misa, se halla la tumba de San Pedro.



MUSEOS VATICANOS



Los museos Vaticanos eran sencillamente fabulosos. Un lugar donde perderse en sus once museos, cinco galerías, 1.400 salas... era como para disuadir a cualquier visitante con prisas, o sea, todos los que no vivimos en Roma. Y al final del circuito sentir cierta frustración a la salida, frustración compensada por ser la Capilla Sixtina la última sala... cuya emoción sentida permanecería para siempre. Decoraciones, arquitectura, esculturas, cuadros y frescos eran paisajes hipnóticos que desfilaban atravesando salas que olían a antiguas intrigas e historias lejanas.

Caminar por los palacios era imaginar salas secretas, pasillos de huida de los Papas, las perversiones y ambiciones que se organizaron entre estas paredes. Estos suntuosos palacios surgieron a partir del s.XIV para albergar a los papas que habían regresado de Avignon, y que antes residían en Letran





El lugar era increíblemente bello e impactante; ilustraba una época de poder y riqueza, de luchas por imponer doctrinas, derrocar gobiernos y extender las fronteras terrenales de Estado Vaticano. Aquí dentro pasaron cosas que permanecerán en los secretos de la iglesia, y que nunca se contarán, dejando que la imaginación los convierta en conjuras y conspiraciones. Adecuados argumentos para novelas de intrigas Vaticanas.

Los museos Vaticanos tienen una de las colecciones artísticas más copiosas y exquisitas del mundo. Se han ido formando con el correr de los siglos debido a las ambiciones artísticas y religiosas de los papas, que han confluído aquí, para configurar un grandioso complejo museístico y un reflejo de las ideas y los ideales que les han dado vida.





El fundador de los museos fue Julio II (pontificado 1503-1513). Un Papa soldado que cuando no estaba luchando contra franceses, los ejércitos imperiales u otra ciudad Estado italiana, estaba creando belleza. Ordenó instalar en el patio del Belvedere las más hermosas y más famosas esculturas de la antigüedad. Bajo Julio II (Miguel Ángel y el proyecto de la Capilla Sixtina) y sus sucesores acudieron a la corte pontificia los más celebres artistas de cada época, como Miguel Ángel, Leonardo y Rafael, para embellecer las estancias del palacio.

Con el tiempo fueron hallando aquí acogida numerosas obras tanto de la antigüedad clásica como contemporáneas, hasta que en el s.XVIII las colecciones de obras artísticas se trasformaron en museos públicos y se permitió visitarlas.

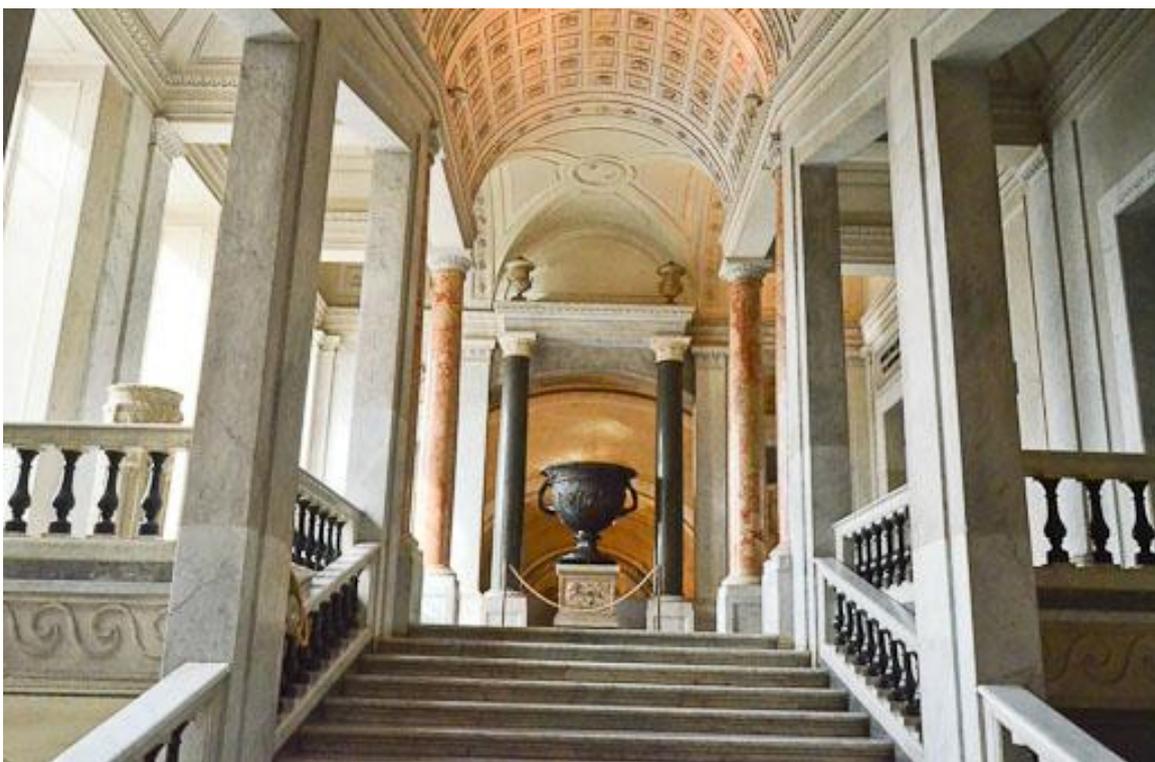




El museo Pío-Clementino albergaba antigüedades griegas y romanas en sucesivas salas y galerías (Redonda, de las musas, de las estatuas, de los bustos, de las máscaras...), la galería de los tapices y la de los Mapas Geográficos que en un amplio pasillo de 140 metros aparecían 40 enormes mapas de las regiones italianas y antiguos territorios pertenecientes a la iglesia.

Una de las más impresionantes era las estancias de Rafael. Cuando Julio II decidió vivir en este palacio, entre otros muchos, contrato a un joven Rafael que inició sus trabajos en 1509. Tras el éxito de su primer fresco se le confió la totalidad de la decoración.

Los apartamentos Borgia impresionaban por sus techos abovedados saturados de frescos de Pinturicchio y recorría sucesivas salas, rodeado de una atmosfera repleta de miles de colores.













LA CAPILLA SIXTINA



Al entrar, los visitantes se quedaban inmóviles por la sorpresa y visiblemente impresionados durante un tiempo antes de recuperar el paso. El lugar hervía de actividad ante la grandiosidad del monumento, maravillas ante la joya artística donde todo el mundo se emociona.

Miré a mí alrededor maravillado, no solo por la belleza de la obra, sino también por el esfuerzo del autor. Miguel Ángel, aquel polifacético que se refería así mismo como “solo escultor” y se disgustaba cuando le solicitaban trabajos al margen de su amado cincelado de la piedra, pero que se entregaba a ellos con pasión y ofrecía más de lo que le solicitaban.





El papa Julio II le confió la decoración de la bóveda a Miguel Ángel, solo cuatro detalles en algunos puntos y el resto que continuase como estaba, pintada de azul y salpicada de estrellas. El pintor se quejó amargamente por el encargo, que le apartaba del deseado tallado de la piedra, pero que ya avanzado el proyecto inclinó al pontífice a una modificación radical del proyecto ampliándolo de una forma inimaginable y no ejecutado hasta entonces.

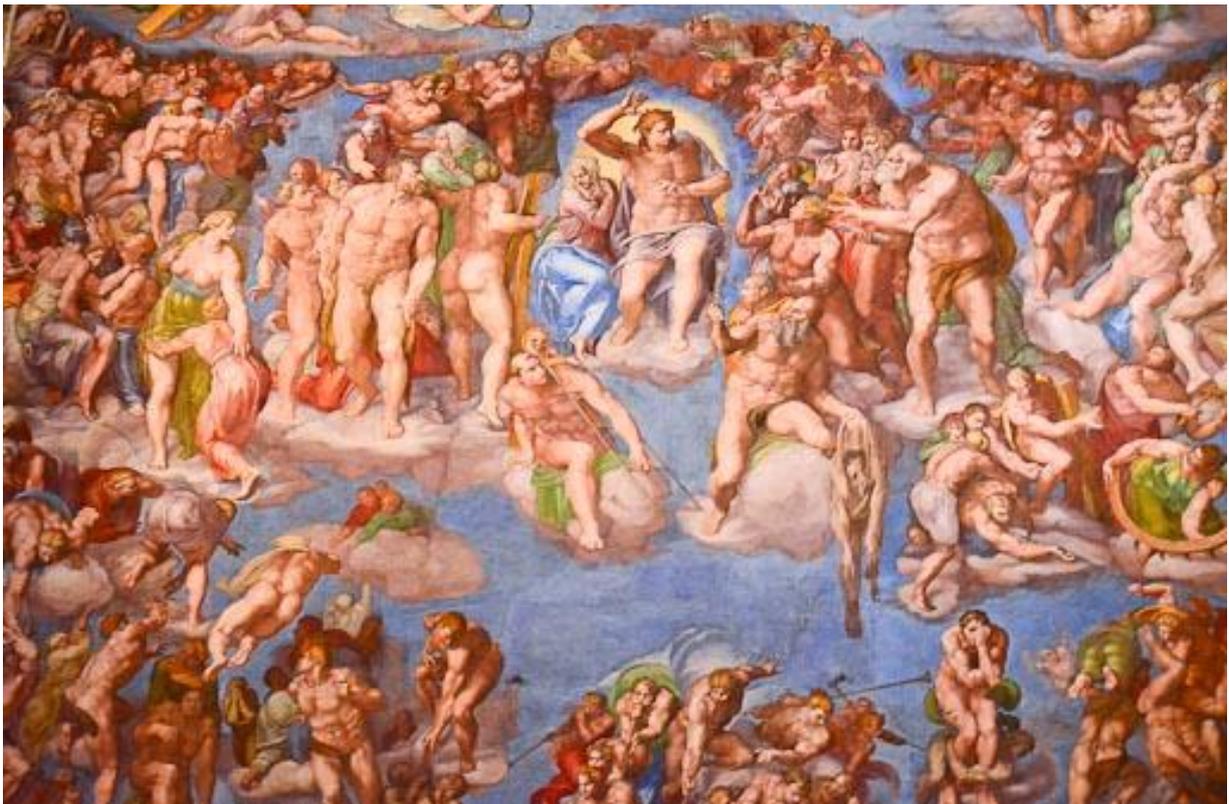
El propósito del encargo solo se limitaba a pintar los doce apóstoles, unos emplastos sin armonía con el conjunto de la bóveda, borro el trabajo que ya había realizado e inició el proyecto ímprobo de pintar al fresco toda la bóveda. Un trabajo que todos opinaban que le llevaría no menos de 15 años realizarlo pero en solo cuatro años coronó la impresionante obra (1508-1512). Merece recordar que, al contrario que otros artistas que trabajaban con sus ayudantes o “becarios”, Miguel Ángel trabajaba solo.





La pintura al fresco requería velocidad en su ejecución, antes del secado del enlucido, a esto se le sumaba la dificultad de pintar directamente sobre una bóveda tan alta. El propio artista dijo “de tanto trabajar torcido he terminado con el vientre pegado a la barbilla”.

Veinte años más tarde, el Papa Pablo III Farnesio, encomendó a Miguel Ángel la ornamentación de la pared del altar de la capilla Sixtina. En este periodo de tiempo Roma había sufrido el saqueo de los ejércitos del emperador Carlos V (1527), como se desprende de la violencia, la ira, los cuerpos desnudos y la luz siniestra de la obra. Este fresco anuncio un nuevo estilo que desembocó en el Barroco.











De los museos Vaticanos salía saturado, agotado, hecho polvo y las piernas no me sostenían, la vista cansada y perdida. Con el aire caliente me daba la impresión de estar ahogándome. El sol del atardecer se había apoderado del cielo y salpicaba con reflejos tornasolados los tejados y cúpulas de la ciudad, paseaba por las calles en un intento de despejar la mente de las mil imágenes retenidas en mis ojos.

Llegué al Ponte Sant'Angelo admirando, a la pálida luz del sol de poniente, este lugar de romántica atmosfera. Permanecí largo rato contemplando el espectáculo de la noche, que me calmaba, y luchando contra el agotamiento que se había adueñado de mí. Bajo el puente el Tíber discurría lentamente y a la luz de las farolas el puente peatonal parecía calmo y los turistas se relajaban con la caída de la noche.



CASTEL SANT'ANGELO



El Ponte Sant'Angelo fue construido en el año 134 d.c. por el emperador Adriano como entrada triunfal a su mausoleo, antiguamente se le denominaba Pons aelius. Cuando Bernini, por encargo del Papa Clemente IX (pontificado 1667-1669), lo adornó con una nueva balaustrada y diez ángeles, junto con la forma se mudó también el nombre en el de Ponte Sant'Angelo. Estos ángeles, que muestran los instrumentos de la pasión de Jesucristo, debían trazar un simbólico vía crucis que guiaba a los peregrinos hacia su meta, la Basílica de San Pedro del Vaticano. En el año 1534 se colocaron en el acceso sur las estatuas de los apóstolos Pedro y Pablo que, tras el saqueo de Roma por las tropas de Carlos V, deberían custodiar el puente como centinelas simbólicos.





A través del Ponte Sant'Angelo el camino lleva al castillo del mismo nombre, importante protagonista de todas las épocas de la historia de Roma, y sus diferentes capas arquitectónicas son una síntesis de la historia de la construcción de la ciudad. Erigido como monumento sepulcral del emperador Adriano en la Edad Media fue transformado en fortaleza y remodelado en el Renacimiento como residencia pontificia y, en épocas inseguras, de refugio de los papas. Se rodeó el castillo con una muralla defensiva, se levantaron en las esquinas cuatro baluartes y se construyó un foso con agua y el pasadizo elevado por el que los papas podían llegar desde la Basílica de San Pedro hasta el castillo.

El cilindro se remonta, en su núcleo, al mausoleo que Adriano ordenó construir para él y sus descendientes. Inicialmente se alzaba un cilindro de 65 metros de diámetro y 21 de altura, construido con sillares de toba y travertino, en cuyo centro se hallaba la cámara sepulcral. La construcción estaba coronada por un templo redondo sobre el que se erguía una cuadriga de bronce con la estatua del emperador. En el interior una rampa en espiral, todavía hoy practicable, conducía a la cámara. Apenas dos siglos más tarde, el mausoleo fue incluido dentro de la ciudad amurallada aureliana y remodelado como fortaleza (la única fortaleza de la ciudad).







Me aproximaba a Sant'Angelo por calles que dormían el calor del mediodía. Al puente le veía una gracia fuera de lo común y un encanto que obsequiaba con una dulce emoción. Enfrente se levantaba la particular fortificación de forma circular y en cada ángulo había un bastión, su visión prometía a los visitantes vivir un momento excepcional.

Una amplia pendiente subía en caracol por un interior de desmesuradas proporciones y atravesando salas ricas en decoraciones con numerosas tablas, lienzos y frescos en las paredes se salía a la parte superior. Está azotea aparecía como una estructura laberíntica de multitud de escaleras, patios y adarves que conducían a las terrazas de las murallas.

Ante mí se extendía un paisaje maravilloso. Observaba ensimismado el espectáculo que me ofrecía Roma y el Borgo del Vaticano, la Basílica de San Pedro con el Passetto que salvó la vida al papa Clemente VII en el "Sacco di Roma" del año 1527.











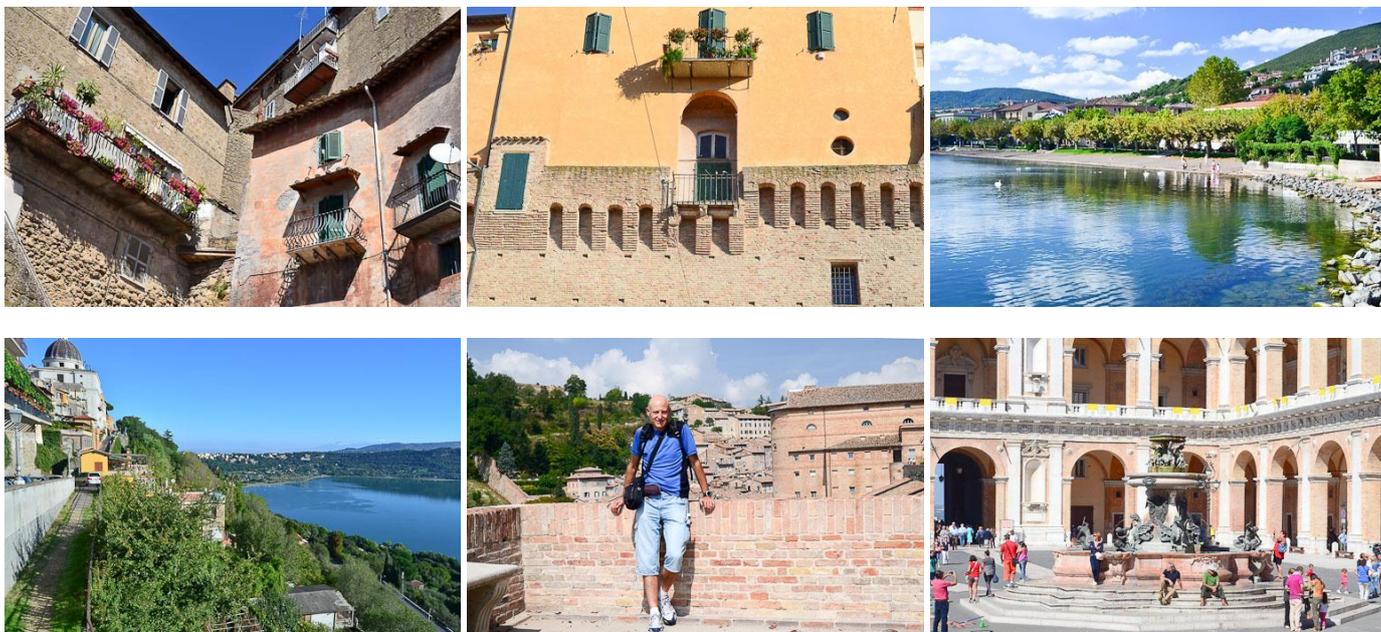
Una suerte de espejismo que parecía surgir de los tejados para cubrir de magia la ciudad. La luz del sol brillaba con todo su esplendor sobre el curioso entramado de los tejados y de las numerosas cúpulas que se elevaban sobre la ciudad y me ofrecía una de las más bellas panorámicas del Tiber y la mirada se extendía más allá, por encima de la ciudad, hasta las montañas vecinas.

Era mi último día en Roma y este lugar sería mi despedida de la ciudad con sus impresionantes vistas y el romántico atardecer. El sol arrojaba sus últimas luces sobre la ciudad y la oscuridad iba ganando terreno en el cielo sereno y empezaron a aparecer tímidas estrellas.

Por la noche un pesado silencio se apoderaba de la ciudad y en el último paseo di un adiós al Castel y al Vaticano. La luz del día se había extinguido del todo, la noche ya había caído, y una luna llena brillante de un color blanco amarillento lucía sobre el Coliseo y hacia que las estrellas pareciesen minúsculas. Me demoré contemplando la iluminación de esta magnífica obra de arquitectura y con pasos lentos, cansados, me dirigí a la estación de Termini.







Esté viaje lo efectué en Septiembre del 2012 y al comenzar el relato todos los recuerdos parecían amontonarse en mi cabeza, sin orden, en un caos general en el que se mezclaban imágenes y vistas. Pero con la ayuda de fotografías cargadas de recuerdos. De aquellas imágenes del pasado, que resultaban agradables en el presente, formaron una sucesión de recuerdos nítidos en la mente que han servido como medio de transmitir las emociones, de permitir que penetren otros en mí intimidad y configurar una narración que conjuraba recuerdos vividos y agradables.

Hoy viendo las fotografías siento un ramalazo de nostalgia. Recuerdo que me sentía libre, me sentía volar, era yo mismo.

Ion Ibáñez – Mayo 2018

